

adelfa de gran tamaño, á una niña de trece años, envuelta en tules, cubiertas por blancos guantes las manos cruzadas sobre su devocionario, el rostro destacándose bajo los alisados bandós de su cabello castaño, y los ojos alzándose distraídamente hacia los balcones de las casas.

En la posición que ocupaba, no podía Lorenzo verla sino de perfil; pero así y todo, parecióle que hasta entonces no había visto en parte alguna tan linda cara femenina. No era ya niña, ni había llegado todavía á ser mujer; sin embargo, en su limpiada mirada, en sus delicadas facciones y en sus diminutos labios, se reflejaba ya cierta expresión de grave seriedad, y su gorrita de tul y su velo, largo la daban el aspecto de una mujercita.

Lorenzo no tenía ojos sino para ella, y ansioso de mirarla más de cerca, bajó precipitadamente al taller, á la sazón desierto. Allí, oculto tras las macetas de balsamina, se encontraba solamente á algunos pasos de ella, y podía distinguir con facilidad las correctas líneas de su bello perfil y hasta el color castaño claro de sus ojos.

En aquel momento el sacerdote daba la bendición, inclinábanse á tierra los estandartes, batían marcha los tambores, y de todos los canastillos de las niñas volaban puñados de hojas de rosa, que parecían, girando en aquella atmósfera de luz, ejércitos de encarnadas mariposas. Lorenzo, maravillado y trastor-

nado, sentía, por su parte, que se le escapaba el corazón, cual mariposa que sale de su crisálida, y que que echaba á volar, juntamente con las deshojadas flores, hacia la blanca niña del largo velo de tul. Ahora ya no había duda; aquel era el soñado ideal, que se le aparecía en medio de aquella fiesta casi pagana. Y mientras todas las cabezas se inclinaban bajo la bendición del anciano sacerdote, Lorenzo se prosternaba en espíritu á los piés de aquella hermosa niña.

Los estandartes volvieron á ponerse en marcha, pero Lorenzo seguía en su estático desvanecimiento, hasta que oyó de pronto una voz de mujer—la de una segunda maestra del colegio Papillón—que interpe-
laba á la niña:

—¡Vamos, Valentina, pronto, á vuestro puesto!
¡Se llamaba Valentina!... Lorenzo no cabía en sí de gozo al saber su nombre; mientras desaparecía la procesión por la calle inmediata, asaltáronle tentaciones de precipitarse fuera de la casa para recoger como santas reliquias las matas de romero y las hojas de rosa que cubrían el sitio donde estuyo la niña arrodillada.

IV

Un ardiente sol de Julio, cayendo á plomo sobre los viñedos de Corottes, hacía cantar á millares de

cigarras, cuyo estridente y continuado zumbido se oía hasta en las salas de la biblioteca del colegio. Orientadas al norte, las cinco altas ventanas abiertas dejaban penetrar una luz suave y azulada que se amortiguaba aún más al pasar por entre los largos estantes atestados de libros desde la base hasta la cornisa.

Al final de la segunda sala, cerca de una doble escalera provista de ruedas para su más fácil transporte, leía Lorenzo en un volumen en cuarto, apoyado de codos en una vetusta mesa ennegrecida. Hacía grato el estudio con aquella media luz aterciopelada, á la sombra y bajo la protección de aquellas paredes de libros antiguos, mientras que por la abertura de las ventanas se descubría un estrecho pedazo de cielo azul y un girón del verde manto de las viñas bañadas de sol. Tan solo el zumbador susurro de las cigarras y de cuando en cuando el ruido seco y acompasado de un telar de tejedor, interrumpían el profundo silencio que el intenso calor del medio día extendía por toda la ciudad.

El libro que, absorbía la atención de Lorenzo era una antigua edición de Teócrito, impresa en 1584 por Abel L'Angelier, con la traducción latina á la vista y eruditos escolios griegos al pié de cada página. Aquel poeta de hacía dos mil años, impreso en aquel libro que contaba cerca de tres siglos, parecía á Lorenzo como si hubiera cantado el día antes y solo

hubiera cantado para él; de tal manera y con tal fidelidad reflejaban aquellas amarillentas páginas las emociones que agitaban el corazón del adolescente desde el día de la festividad del Corpus. Figurábase que Teócrito había querido retratar á su Valentina cuando hablaba de aquella ninfa «que llevaba la primavera en los ojos.» Pensando en la linda colegiala del pelo castaño, recordaba Lorenzo las flores que revoloteaban á su alrededor durante la ceremonia del altar portátil y arrebatado, de caluroso entusiasmo, repetía en alta voz: «Eterna primavera, vegetación exuberante y ubres cargadas de leche, por do quiera que pasa la hermosa niña...»

—¡Hola, hola! amiguito—sonó de pronto á su espalda una voz flautada y jovial.—¿Es una novela ó es vuestra lección lo que leís con tanto calor?

Lorenzo volvió la cabeza ruborizado, pero se tranquilizó al punto cuando vió el bondadoso rostro del personaje que tenía á su lado.

El recién llegado, M. Deronis, asumía en su personalidad las heterogéneas funciones de secretario del juzgado de paz y bibliotecario de la ciudad. Era un hombre pequeño, regordete, de cara llena y sonrosada, frente espaciosa, coronada de cabellos grises eriza los á modo de espeso cepillo. Sus ojos azules, redondos y saltones y sus carnosos labios, le daban cierto aspecto de pájaro glotón. Aunque cojo, era vivo y turbulento como un grajo y gesticulaba cons-

tantemente, dando brinquitos sobre la pierna sana é imprimiendo á la otra un movimiento giratorio, cual si quisiese barrenar el piso con ella. Inclinóse hacia la mesa y clavó sus redondos ojos en el libro de Lorenzo.

—¡Hola!, exclamó—¿griego? ¿Teócrito?... ¿Y leéis el texto sin titubear?

—Sí, Sr. Deronis.

—¿Y eso os interesa?

—Muchísimo—contestó Lorenzo con acento convencido.

—¡Venga esa mano!—exclamó entusiasmado el señor Deronis.—Sois, excluyendo mi persona, el único habitante de Juvigny que conoce y aprecia á Teócrito... ¡Ah! ¿Os gusta el griego? me alegro infinito. Teneis que ir á mi casa, camarada, y os enseñaré mis libros y también mis manuscritos.

M. Deronis era, más bien que un erudito, un amante de erudición. Gran coleccionador de libros, verdadero ratón de biblioteca, tomaba de buen grado el aparato exterior de la ciencia por la ciencia misma, y como muchos sabios de provincia, había montado un caballito de cartón que le llevaba en derechura al país de las quimeras.

Soñaba con inventar un idioma universal, y la obstinada manía de exponer su sistema á todo bicho viviente, había dado en definitiva el resultado de formar el vacío á su alrededor. El pobre hombre se

veía reducido á leer sus manuscritos al oficial de su escribanía, que no se atrevía, por deferencia, á escapar á estas lecturas ó á algunos colegiales adelantados en composición y traducción, los cuales se divertían con las humoradas del viejo bibliotecario.

No paró el buen Sr. Deronis hasta que llevó á Lorenzo á su vivienda, que era una casita gris, situada al final de la calle de Soeurs Claires, de dos pisos, con un corredor húmedo y un patio interior, cuya pared estaba en parte revestida por las anchas y redondas hojas de una aristoloquia. La escribanía, instalada en el piso principal, daba á un espacioso jardín vecino, de donde salían, como de una animada pajarera, bulliciosas y nutridas voces infantiles. Aquella oficina, ahumada y cubierta de polvo, donde había montones de papeles, pilas de legajos encarpados y grupos de libros viejos abiertos unos sobre otros, era fiel reflejo del desorden que imperaba en el cerebro de Mr. Dérónis.

Cuando entró Lorenzo en aquella habitación, no pudo menos de quedarse al pronto sorprendido al ver á una muchacha como le veinte años inclinada sobre un pupitre y ocupada en garrapatear papel sellado.

—Mi hija Lucrecia—dijo M. Dérónis presentándola á Lorenzo;—me ayuda en mis trabajos y conoce los expedientes mejor que yo.

Pasó á la otra banda de la mesa, donde un mozo

muy alto, sentado ante un pupitre que hacía frente al de la joven, extendía la minuta de un juicio.

—Mi oficial de escribanía, Eustaquio Lapasque—continuó el buen hombre,—un legista de porvenir; redacta los juicios mejor que yo...

—¡Vaya un escribano raro!—pensaba Lorenzo, haciendo esfuerzos por conservar su seriedad ante el extraño conjunto que formaban los dos jóvenes ocupados en emborronar papel timbrado.

El oficial de escribano, Eustaquio Lapasque, largo como un día sin pan, de nariz en forma de apagador y cabellos rubios cayendo sin gracia sobre un cuello de camisa excesivamente ancho, vestía chaqueta de alpaca negra que el uso inmoderado había casi transformado en verde.

La señorita Lucrecia era esbelta y de buena estatura; su delgado busto estaba aprisionado en un vestido de barés, cuya tela había estallado por el sitio en que se une la manga al cuerpo, y sus descarnados brazos mostraban los codos puntiagudos bajo las mangas de tul. Era el vivo retrato de su padre: los mismos abultados labios, los mismos ojos redondos y saltones, la misma frente estrecha y alta con exceso. No era linda, y sin embargo, su tez fresca, sus ojos claros y lánguidamente humedecidos no eran del todo desagradables, y, por último, la juventud la daba cierta belleza relativa.

Al entrar Lorenzo, alzaron la cabeza los dos com-

pañeros de trabajo. M. Eustaquio Lapasque saludó con voz nasal, exhaló un prolongado suspiro en dirección á su pareja y volvió á ponerse á escribir de una manera febril. La señorita Lucrecia, por su parte, dirigió al recién llegado una lánguida mirada, dió su correspondiente suspiro y se sumergió de nuevo en el mar de sus papeles.

—¡Vaya una casa!—decía para sí Lorenzo.

Disponíase á seguir á M. Dérónis al gabinete contiguo, donde había instalado sus libros el escribano, cuando una explosión de voces infantiles y alegres penetró por la abierta ventana en la silenciosa oficina y llamó la atención del colegial.

—Son las niñas del colegio Papillon—exclamó M. Dérónis con su clara y melíflua voz—Semejante vecindad es algo ruidosa para gentes estudiosas como nosotros, pero, al fin y á la postre, acaba uno por acostumbrarse.

Lorenzo se acercó bruscamente á la ventana, desde donde se veía cruzar por entre los macizos y arbustos del jardín inmediato los flotantes vestidos y las desnudas cabezas de las pensionistas. Precisamente en aquel establecimiento era donde habitaba su pequeña hada del día del Corpus, su querida Valentina. Paseábase por allí, á veinte pasos de él, y tal vez era la suya aquella cabecita de color castaña que alcanzaba á ver allá detrás de los avellanos. Lorenzo no acertaba á separar sus ojos del jardín, donde las grandes matas

de malvas reales alzaban en pleno sol sus pirámides de flores carmesíes ó naranjadas. Desde aquel mismo momento, parecía que el polvo de la escribanía estaba formado de átomos de oro finísimo; Eustaquio Lapasque se le representaba como el genio de la hospitalidad, y Lucrecia, á pesar de su traje descosido y de sus ojos redondos, le parecía hermosa ó poco menos. Escuchó sin pestañear las disertaciones de M. Dérónis y llevó su cobardía hasta el punto de manifestar que el sistema del *lenguaje universal* haría una revolución en el mundo sabio.

Dióse á visitar asiduamente al escribano y procuró con gran empeño captarse las simpatías de la señorita Lucrecia, con gran desesperación de Eustaquio Lapasque, que adoraba en silencio á la hija de su principal y no podía ver sin enojo que aquel maldito colegial viniese á turbar la plácida quietud de sus cotidianas entrevistas.

En cuanto tenía una hora de libertad, se colaba Lorenzo en la escribanía, so pretexto de consultar algún autor griego y recurría á astucias dignas de un consumado diplomático para instalarse cerca de la ventana y atisbar desde su observatorio el jardín de las señoritas Papillon. Ya había logrado ver una ó dos veces á Valentina, y de aquella rápida inspección ocular había cosechado cantidad bastante de dicha para alimentarse el resto de la semana.

Llegó el caso de que se le encontrase allí todos los

días á las horas de recreo; en verano asomado á la ventana abierta; en invierno echando el aliento en los cristales para derretir la escarcha y vislumbrar en el jardín, cubierto de polvo blanco, las colegialas que se aventuraban á salir desafiando el frío.

M. Dérónis salía con frecuencia, y, cuando la ordinaria tarea lo permitía, Lucrecia, que poseía cierta dosis de sentimentalismo, aprovechaba aquellos ratos para leer novelas ó escribir su diario. Eustaquio Lapasque, furioso con la presencia de un intruso, se subía á su camaranchón, situado al mismo nivel que el desván, cogía la flauta y encomendaba al sonoro artefacto la misión de expresar á Lucrecia los amorosos sentimientos que bullían en su pecho. Aquella flauta era el barómetro regulador que revelaba el estado del corazón de Eustaquio. En los momentos de esperanza, elegía el flautista aires modernos, coplas populares, vivas y retozonas; pero en los días de mofina se arrojaba sobre el repertorio de los tiempos de Maricastaña, y entonces oíanse en las olímpicas alturas del desván exhalarse como un quejido: «Una fiebre abrasadora» ó «Placer de amor que solo dura un soplo...» Y entretanto, zumbaba suavemente la chimenea, devoraba Lucrecia las novelas de Madame Cottin, y Lorenzo, con un ojo en el libro y el otro fijo en el jardín Papillon, invocaba á Valentina, y se tenía por dichoso con solo ver la arena de las calles,

ó los tejos, recortados en forma esférica, que habían rozado la falda de su ideal enamorada.

Por aquel tiempo había cumplido Lorenzo diecisiete años, estudiaba retórica, y se consideraba ya un mozo hecho y derecho. Verdad es que conservaba aún las formas flacuchas y un tanto desmañadas de la adolescencia, pero se desarrollaba y embellecía á ojos vistos. Su cabello negro y sedoso caía en espesos y rizados mechones á cada lado del rostro, de tez mate, en que solamente las mejillas tenían cierto matiz moreno sonrosado, y una apariencia de vello sombreaba el labio superior. En su fisonomía de móviles facciones había dejado la infancia cierto sello de revoltosa travesura, pero la incipiente juventud se marcaba ya en ella por el brillo ardiente y soñador de sus grandes ojos negros, rodeados de una ligera sombra.

En el interior de aquella melancólica escribanía, la frecuente aparición de aquel guapo chico de diecisiete años, que derramaba en torno suyo un trastornado efluvio de juventud, acabó por dar qué pensar más de lo conveniente á la cabeza novelesca de la sensible Lucrecia. La reclusión en que vivía en aquella pieza impregnada de una ácre atmósfera de prisión, había acrecentado en ella los deseos que asaltan á la mayoría de las muchachas de veinte años. Si su exaltada sensibilidad y una viva aspiración de ternura la habían reducido en un principio á

alentar los suspiros del flautista Lapasque, no tardó éste en verse relegado al segundo término, y la señorita Deronis ya no tuvo ojos sino para el bello querubín que venía diariamente á sentarse á dos pasos de su pupitre.

Demasiado novicio en tales asuntos, Lorenzo no fijaba en ello su atención, hartó preocupado, por otra parte, y absorto en la contemplación del jardín Papillon; pero Eustaquio Lapasque había ya olfateado aquella alarmante pista de amor, y su celosa melancolía se manifestaba en una exhuberancia de *flauterías* lánguidas y desesperadas.

Desde la presentación de Lorenzo, esmerábase algo más Lucrecia en su modesto atavío; había zurcido los desgarrones de su vestidito negro, y desplegabá un lujo de mangas transparentes que solo contribuía á hacer resaltar la delgadez de sus codos. Todos los días se prendía en el peto de su traje flores de excitante perfume: claveles rojos, jeringuillas y arvejillos ó guisantes de olor, que cuidaba siempre de dejar olvidados entre las hojas del libro de Lorenzo y que volvía ¡ay! á encontrar el día siguiente marchitas en el mismo sitio.

Durante largos ratos, y mientras el adolescente espía desde la ventana las idas y venidas de las pensionistas, Lucrecia, de codos sobre el pupitre, fijaba sus húmedos ojos en los negros rizados del retórico, sin que el cruel aparentase en modo alguno ad-

vertirlo; y entonces ella exhalaba un prolongado suspiro, movía la cabeza con suaves balanceos de languidez, y se ponía de nuevo á emborronar el papel sellado

Aprovechaba los menores pretextos para volverse hacia él, de modo que rozase con su pecho el hombro ó el brazo del estudiante, y luego se echaba atrás bruscamente como turbada, y se ruborizaba, alzando al techo una mirada lacrimosa, que solo dejaba al descubierto lo blanco de los ojos. Y entonces notábanse en ella tensiones de garganta, ondulaciones y gestos de tórtola arrulladora... Trabajo completamente perdido, porque el insensible Lorenzo continuaba acechando el jardín Papillon.

Había empezado la primavera, peligrosa estación para los enfermos de amor del género de la señorita Dérónis. Cierta jueves fué Lorenzo, como de costumbre, á la escribanía, so pretexto de concluir la lectura de la *Ifigenia* de Eurípides. M. Dérónis había salido á dar un vistazo á sus viñas; Eustaquio Lapasque se había retirado, como Aquiles, á su tienda, esto es, á su desván, y allí soplaba en la flauta como un desesperado, y Lucrecia estaba sola, trabajando en su puesto; á su lado, en un vaso azul, un gran ramillete de narcisos amarillos, llamados en el país *claudinettes*, esparcía una suave fragancia primaveral y marcaba una nota alegre en el tétrico y ahumado escritorio,

Lorenzo, después de saludar á Lucrecia, cogió su Eurípide y sentados, cerca de la ventana, aguardó impaciente que las avcillas del colegio Papillon echasen á volar por el jardín.

Profundo silencio reinaba en la oficina, interrumpido tan solo por el rasgear de la pluma de Lucrecia y el roer de una rata detrás de un tabique. De pronto dejóse oír un clamoreo de argentinas voces en la vecindad; era que se había abierto la pajarera y las colegialas se desparramaban bulliciosamente por las avenidas del jardín.

Lanzóse Lorenzo á la ventana, dejando caer el libro en el suelo, y sus ojos se abrieron desmesuradamente para descubrir el vestido azul de Valentina. En aquella posición estaba desde hacía más de un cuarto de hora, y sin haber visto nada todavía, cuando oyó á su espalda un extraño rumor de sollozos. Volvióse y pudo ver á Lucrecia, que apoyada de codos en su pupitre y la cabeza oculta entre las manos, se deshacía en lágrimas.

El espectáculo de una mujer que llora no deja nunca de conmover á un corazón de diecisiete años; así es que Lorenzo se sintió turbado.

—¿Qué teneis, señorita?—preguntó acercándose á la joven—¿Qué os ha pasado?

—Nada .. no tengo nada—murmuró Lucrecia entre sollozos.

—Pues ¿por qué llorais?

Redobló el llanto, y el adolescente, sorprendido y turbado al propio tiempo por aquel torrente de lágrimas, no sabía qué partido tomar. Por fin, se amansó la tormenta, sacó Lucrecia del bolsillo su pañuelo empapado en agua de Colonia, enjugó sus mejillas, y moviendo melancólicamente la cabeza, fijó sus húmedos ojos en los ojos asombrados de su interlocutor.

Siguió un paréntesis de silencio, durante el cual las notas de la flauta Lapasquina, resonaron más agudas en los oídos de los dos jóvenes. El flautista interpretaba, con dolorido acento, un motivo de *Joconda*:

«En su amoroso delirio,
un tierno pastor decía
confiando su martirio
á la floresta sombría...»

—¿Teneis algun pesar?—prosiguió Lorenzo con cariñosa insistencia.—Contadme vuestras penas.

—¿Para qué?—balbuceó Lucrecia.—No pensemos más en ello... ¡Es una locura!

Y volvió á mover la cabeza, sin dejar de mirar al adolescente. Fuese la expresión de aquella mirada, fuese un efecto del enervante aroma de los narcisos... lo cierto es que Lorenzo se sintió enternecido.

—Vaya—la dijo cón dulzura—¿por qué llorais?

—Lloro porque... Pues bien, sí, lo diré, ¡porque me haceis sufrir!

Y más encendida que la grana, volvió Lucrecia á ocultar la cabeza entre las manos.

—¡Yo! ¿yo os he disgustado?—exclamó Lorenzo aturdido.—Os juro, señorita, que habrá sido inconscientemente. Pero, decidme al menos en qué he podido ofenderos á pesar mio.

Separó ella un poco las manos, y mirándole por entre los dedos como á través de una celosía, continuó con vivacidad:

—¿Por qué estais siempre asomado á esa ventana y mirando al jardin Papillon?... Porque hay una jovencita de quien estais... enamorado, y solo venís aquí por verla... ¡confesadlo!

Esta vez tocó el turno á Lorerzo de ruborizarse hasta lo blanco de los ojos; tales eran su confusión y espanto, al ver su querido secreto descubierto por Lucrecia Dérónis. En medio de su aturdimiento, no encontró mejor salida que recurrir á una mentira.

—Os equivocais—exclamó—¡os lo juro!... Es cierto, en efecto, que miraba al jardin, mas era por pura distracción... ¡No pensaba siquiera en... eso que decís, os lo aseguro!

A medida que hablaba, se hacían más visibles su rubor y turbación, manifestándose bien claramente su embarazo en sus ojos bajos, en sus labios que mordía despechado, y en sus manos que retorcia con movimientos nerviosos; pero Lucrecia, que no deseaba otra cosa que dejarse convencer y manifestarse indulgente, se levantó, cerró bruscamente la ventana, y asiendo las manos de Lorenzo, exclamó:

—¿De veras no quereis á nadie?... ¿No habeis amado nunca?

Sus ojos permanecían clavados en los de Lorenzo, como buscando en ellos una respuesta, y en aquel momento casi puede decirse que estaba hermosa; de tal modo embellece el amor cuanto toca.

El retórico empezaba á perder su sangre fría; aquellas pupilas brillantes é inquisitivas, el húmedo calor de aquellas manos femeninas que oprimían las suyas, hasta el aroma de las flores de Abril, colocadas sobre la mesa-escritorio, todo contribuía á embriagarle. A su edad no necesita un muchacho que le escancien gran cantidad de este vino para trastornarle la cabeza; así es que los ojos de Lorenzo se atrevieron á contemplar las animadas mejillas, los entreabiertos labios y el agitado seno de Lucrecia.

—¡Contestadme con franqueza!—prosiguió con insistencia la joven.

—Pero—repuso él con voz algo ahogada y con una vaga sonrisa—¿por qué quereis saberlo?

—¿Por qué?... ¡porque os amo, Lorenzo!

Y ruborosa, avergonzada, sin darse cuenta de lo que hacía, no encontró Lucrecia mejor manera de ocultar su confusión que arrojarle al cuello de Lorenzo. Su cabeza se apoyó en el hombro del adolescente, y fuese casualidad, fuese premeditación, sintió éste de pronto en el cuello la impresión de los labios de la joven.

Aquella situación tendía á prolongarse, cuando se oyó en la escalera el ruido de unos pasos desiguales y claudicantes.

—¡Ah! ¡mi padre!—exclamó en voz baja la excesivamente tierna Lucrecia, abalanzándose á su pupitre y poniéndose de nuevo á escribir rápidamente.

Entrétanto Lorenzo, pálido y vacilante como si hubiera bebido, se arrodillaba para recoger el tomo de Eurípides, y por la lumbrera del desván, en medio del repentino silencio en que habían quedado ambos jóvenes, continuaba lanzando sus trinos melancólicos la flauta de Eustaquio Lapasque.

M. Dérónis entró por fin en la habitación, y encontró á Lucrecia y Lorenzo hipócritamente inclinados, la una sobre su pupitre, y el otro sobre su libro, cuyos caracteres griegos parecían removerse y replegarse, como un hormiguero de extraños insectos.

Lorenzo, que no se acomodaba muy bien á aquella hipocresía, se levantó pasados algunos minutos, y sin atreverse á mirar á Lucrecia, aprovechó el primer pretexto que halló á mano para retirarse.

V

Una vez en la calle, echó á andar con acelerado paso, como para alejar la extraña emoción que le dominaba. El furtivo beso de Lucrecia le había puesto calenturiento. Por más que hubiera caído de los